

# **Populismo y peronismo. Un debate abierto entre la teoría y la historia.**<sup>\*</sup>

Javier Burdman  
CONICET / IIGG

## **Introducción**

La cuestión de la ideología en el primer peronismo ha sido, desde sus orígenes, un tema con una doble relevancia. Por un lado, se trata de comprender las significaciones profundas ligadas a un fenómeno que, sin lugar a dudas, ha marcado la totalidad de la historia política argentina desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. Por otro, debido en gran medida a su carácter atípico respecto de los modelos teóricos clásicos de la sociología y la ciencia política, el peronismo ha sido un objeto fértil para la elaboración de nuevas herramientas de análisis. A partir de ello, tres han sido, a grandes rasgos, las perspectivas teóricas que han buscado interpretar el fenómeno peronista. La historiografía ha sabido indagar en las continuidades y rupturas del peronismo con respecto a la situación política previa, precisando la especificidad del hecho histórico en el devenir de los diferentes aspectos de la vida política argentina. La sociología, por otro lado, ha debatido extensamente sobre las causas estructurales que condujeron a la aparición de un fenómeno de tan trascendentes consecuencias socio-políticas. Una tercera línea de análisis, asumiendo la novedad que el peronismo presentaba para las ciencias sociales y, particularmente, para la sociología política, buscó explicar la especificidad de este fenómeno en términos ideológico-discursivos. Ello implicó la profundización y sistematización del concepto de populismo, que habría de significar, según estos enfoques, un tipo de práctica política específica, de la cual el peronismo sería el más paradigmático exponente, aunque referida también a una serie de regímenes característicos de América Latina.

A partir de lo anterior, el concepto de populismo cobró gran interés para numerosos científicos sociales. La divergencia de este fenómeno respecto de los modelos ideológicos tradicionales conceptualizados por las ciencias sociales, ofrecía un objeto de estudio nuevo y prolífico en potenciales interpretaciones. Sumado a lo anterior, el peronismo, por tratarse de un fenómeno específicamente latinoamericano, permitía a los intelectuales de dicha región abocarse al estudio de un objeto que les era cercano.

---

<sup>\*</sup> Trabajo en proceso. Por favor no citar.

Pero además el peronismo como hecho ideológico volvió a cobrar centralidad en una Argentina que, a fines de la década del 70 y principios del 80, se replanteaba la naturaleza de la vinculación entre ideas de izquierda y peronismo, que signó a las confrontaciones políticas previas al golpe de 1976.

El reciente resurgimiento del debate sobre la especificidad del populismo ha puesto de manifiesto que, lejos de estar saldada, la discusión acerca de la especificidad discursiva e ideológica del peronismo abre el camino a múltiples puntos de vista. La actualidad latinoamericana e, incluso, la de algunos países centrales, otorgan al debate una relevancia que parecía perdida con el aparente triunfo de la política liberal-democrática entre la segunda mitad de los 80 y fines de los 90. El fracaso de los intentos de constituir sistemas de partidos estables en el marco de modelos económicos incuestionados en los países de la región, ha dado lugar a nuevas prácticas políticas que vuelven a situar a la categoría de populismo en el centro de las discusiones teóricas. Si bien dicha categoría ha sido utilizada por las ciencias sociales en general de un modo sumamente laxo, ciertos aportes de la teoría y la sociología política han buscado conceptualizar al populismo para circunscribirlo a un tipo específico de práctica política.

A pesar de lo anterior, populismo y peronismo son términos que no han dejado de convivir en una duplicidad cargada de tensiones. Ello es en parte el producto de algunas diferencias teóricas y metodológicas. Mientras que la teoría y la sociología política han indagado en el peronismo para extraer conclusiones acerca de la categoría de populismo en su generalidad, la historiografía y la sociología histórica se avocaron a estudiar las particularidades del peronismo a partir del momento de su surgimiento. Como es de esperar, las divergencias teóricas y metodológicas produjeron conclusiones disímiles y, en muchos casos, incompatibles. A pesar de ello, procurar la mayor adecuación posible entre categorías teóricas y evidencias empíricas es un objetivo deseable al momento de obtener una comprensión acabada de las particularidades ideológico-discursivas del peronismo. Mientras que un enfoque puramente historiográfico priva a las ciencias sociales de las valiosas categorías de análisis que el estudio de un fenómeno como el peronismo puede brindar, una teoría del populismo apartada de las especificidades históricas del fenómeno que busca explicar, corre el riesgo de convertirse en una mera construcción abstracta de escaso valor empírico.

La reciente re-apertura del debate sobre el concepto de populismo ha vuelto a situar en el centro de la discusión a una serie de elementos que serían característicos, con mayor o menor intensidad, de los fenómenos comúnmente denominados como

“populistas”: rupturismo, apelación a “los de abajo”, dicotomización del campo político y amalgama de diferentes sectores sociales. Si bien descriptivos, estos elementos han encontrado numerosas dificultades al momento de sistematizar una explicación que pudiese dar cuenta de las complejidades y contradicciones de los movimientos y regímenes populistas realmente existentes, debido a la heterogeneidad de éstos últimos. Por otro lado, también hay equivocidad en lo que respecta al tipo de objeto al que se refiere el calificativo de “populista”; puede tratarse de un tipo de discurso, de una dimensión discursiva, de un tipo de régimen político o de una matriz que condiciona las formas de discursividad en un campo político determinado. Existe entonces un doble problema: cuál es el objeto específico al cual cabría aplicar la categoría de populismo, y qué características permitirían tipificarlo legítimamente de esa manera. Ello genera un tercer problema: qué combinaciones entre objetos de estudio y características populistas darían lugar a diferentes definiciones y tipologías de populismo, poniendo en peligro la unicidad del concepto.

### **Lo rupturista, lo transformista y lo heterogéneo en el populismo**

Los primeros debates teóricos sobre la categoría de populismo se articularon en torno a la cuestión del presunto carácter rupturista del peronismo. Una de las perspectivas más originales en ese sentido fue la presentada por Ernesto Laclau en su clásico trabajo de 1977, titulado “Hacia una teoría del populismo”, en el cual el autor rescataba los elementos esenciales de ese fenómeno. Laclau define allí al populismo de la siguiente manera: “el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante” (Laclau, 1986: 201). El populismo aparece así como un fenómeno rupturista, en el cual la instancia política se dicotomiza entre un bloque popular y un bloque dominante, dando lugar a una antinomia que difiere de aquélla que es propia a las relaciones de producción<sup>1</sup> (es decir, la dicotomía de clase entre obreros y capitalistas). Las diferentes identidades socio-políticas opuestas al bloque de poder se fusionan al ser interpeladas bajo la categoría internamente indiferenciada de “pueblo”, en el seno de la cual todas ellas pierden en cierta medida su particularidad y pasan a identificarse como la pura contraposición a la ideología dominante. Siendo así, el populismo impli-

---

<sup>1</sup> En este trabajo, claramente influenciado por la obra de Althusser, Laclau sostiene la división de lo social en instancias, siendo la economía determinante. Posteriormente este modelo sería abandonado por el autor.

ca en sí mismo una ruptura con el orden social existente, pero no necesariamente con el fin de lograr una transformación progresiva de la sociedad; como señala Laclau, una articulación populista puede ser también el recurso de un sector de la clase dominante para desplazar a otro, en un fenómeno típicamente transformista (en términos de Gramsci). Es por ello que el populismo es una ideología que se define por la forma de sus interpelaciones, y no por el principio que las articula (conservador, liberal, socialista). Toda ideología puede, en este sentido, recurrir a interpelaciones populistas.

El trabajo de Laclau es, como el propio autor aclara, un análisis de la dimensión populista del peronismo y no un estudio del régimen en su desarrollo. Es también una aproximación al “momento abstracto” del populismo, y no una búsqueda de su principio articulador en un caso particular. Respecto de aquél, el trabajo se limita a aseverar que, si bien el elemento populista estaba presente en las “interpelaciones populares antiliberales”, también implicó “su articulación dentro de un discurso que intentaba circunscribir el enfrentamiento con la oligarquía liberal dentro de los límites impuestos por el proyecto de clase que definía al régimen: el desarrollo del capitalismo nacional” (Laclau, 1986: 223). Laclau da cuenta así de la movilización controlada que tiene lugar en el peronismo, pero solo menciona superficialmente los contenidos ideológicos en los cuales se sustenta. El modelo se limita a la explicación de una forma de articulación discursiva (el populismo), dejando de lado la cuestión del contenido específico de los enunciados. Esta separación, que sitúa al populismo como un elemento determinado y aislable dentro de la complejidad discursiva y organizativa del régimen peronista, plantea problemas que abrieron el camino a posteriores investigaciones.

Una perspectiva diferente a la de Laclau fue asumida por Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero en su trabajo “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En él, los autores se proponen estudiar al populismo en su existencia histórica concreta, es decir, teniendo en cuenta la totalidad del fenómeno a lo largo de su desarrollo. A partir de ello, el análisis cuestiona la escisión que Laclau realiza entre “momento abstracto” populista y “principio articulador” peronista (es decir, la distinción entre la forma y el contenido), puesto que lo nacional-popular surge en un momento histórico específico y responde a contenidos ideológicos particulares, que no pueden ser desechados como una pura contingencia. El “pueblo” (o “lo nacional-popular”, como lo denominan los autores) es un conjunto heterogéneo de interpelaciones tanto progresivas como regresivas, que se oponen a una forma particular de

dominación (en el caso del peronismo, al régimen liberal oligárquico) pero no a la dominación en general, por lo que pueden ser ulteriormente reificadas en un nuevo ordenamiento estatal. Si ello es así, forma y contenido no pueden ser tajantemente distinguidos en el peronismo, puesto que la aparición misma de lo popular se presta inmediatamente a su integración controlada en un nuevo tipo de régimen y a la subordinación a la autoridad carismática del líder (ver de Ípola y Portantiero, 1989).

Poniendo el acento en el desarrollo histórico del peronismo como ejemplo de “populismo realmente existente”, de Ípola y Portantiero señalan las limitaciones que el modelo abstracto de Laclau presenta al momento de dar cuenta de las potencialidades antagónicas de las interpelaciones populares. Pero, al mismo tiempo, los autores aplican un modelo teórico ligado a ciertos principios normativos, en los cuales se apoyan para cuestionar el rupturismo transformista del peronismo desde una comparación con el presunto rupturismo auténtico que propone la ideología socialista. Pero si se aparta a la categoría de “transformismo” de su carácter normativo, que delimitaría la frontera entre una ruptura auténticamente revolucionaria y una crisis interior al bloque de poder, puede pensarse la tensión entre ruptura y re-integración de lo popular como un proceso complejo, pasible de ser abordado por nuevos estudios.

En recientes trabajos, Laclau ha retomado los principales elementos de su teoría inicial sobre el populismo, pero incorporando otros que complejizan su definición originaria. Entre ellos se destaca el concepto de “heterogeneidad”, que busca dar cuenta de las complejidades que afectan a la conformación de cualquier bloque hegemónico, impidiendo siempre su conformación plena. Aunque Laclau habla de tres tipos o niveles de heterogeneidad, aquí tomaremos solo el que conlleva, a nuestro juicio, consecuencias más radicales para su concepto de populismo: el que se refiere a las demandas exteriores al campo de la representación política. Mientras que, siguiendo a Laclau, aún entre dos grupos antagónicos existe un campo común en el cual los mismos se reconocen uno a otro en su oposición mutua, existen demandas que, al no estar articuladas dentro de ninguna de las formaciones antagónicas, son radicalmente externas al campo de la representación política. Un antagonismo nunca consigue absorber a la totalidad de las demandas y, por lo tanto, “toda transformación política no solo implica una re-configuración de demandas ya existentes, sino también la incorporación de demandas nuevas (es decir, de nuevos actores históricos) a la escena política –o su opuesto: la exclusión de otros que estaban presentes previamente-” (Laclau, 2005: 193). Esta aseveración es importante porque, a través de ella, Laclau da cuenta

de otro aspecto relevante para el caso del peronismo: la incorporación de demandas previamente ignoradas por las formaciones políticas tradicionales. Ello agrega al modelo una dimensión de temporalidad que complejiza su aplicación empírica, en particular en lo que hace a los regímenes populistas. Si el populismo implica una reconfiguración identitaria que va de la mano de la inclusión en el campo de la discursividad<sup>2</sup> de una serie de demandas previamente excluidas, entonces ha de tratarse de un fenómeno ligado a una cierta temporalidad (en el sentido de un acontecimiento sincrónico antes que de una sucesión diacrónica) dentro de la cual dicha inclusión se produce. Una vez que las identidades han logrado un cierto grado de fijación, esta dimensión del fenómeno populista se habría perdido.

Esta línea de análisis fue recientemente recorrida por Sebastián Barros, quien ha procurado sistematizar y precisar una definición de populismo a partir de los conceptos elaborados por Laclau. Para Barros, un discurso populista se caracteriza por la presencia de dos elementos: una articulación equivalencial<sup>3</sup> de las demandas confrontada con el orden dominante, y la irrupción de otras previamente marginadas del orden institucional: “el momento populista en una práctica política será el que incluya el principio del *pueblo* como lo irrepresentado, el discurso que haga que aquellos que no tienen por qué hablar, hablen, y que aquellos que no tienen por qué tomar parte, tomen parte” (Barros, 2006: 70). Esta irrupción, postula Barros a partir de la lectura de Jacques Rancière, es necesariamente disruptiva del orden institucional, puesto que es su incapacidad de satisfacer esas demandas lo que ha dado lugar a su articulación y movilización antagónica.

Esta última concepción del populismo es claramente contraria a cualquier identificación del mismo con un tipo de régimen. Siguiendo con el argumento de Barros, “el discurso populista es el comienzo de la representación de un discurso excluido que hasta la llegada de la articulación no existe como tal. Si esto es así, el populismo quedaría circunscripto al momento de esa irrupción, limitado a ser un episodio a veces frágil y fugaz, a veces a dejar la impronta de argumentos y demostraciones que perduran luego de dar lugar al no lugar” (Barros, 2006: 71). El populismo queda entonces ligado a un acontecimiento, por lo que no puede corresponderse con ninguna formación identitaria relativamente sedimentada, sino únicamente con el momento de

---

<sup>2</sup> Para una definición del concepto de “campo de la discursividad” que aquí utilizamos, ver Laclau y Mouffe, 2004.

<sup>3</sup> Sobre la articulación equivalencial o “lógica de las equivalencias”, véase Laclau y Mouffe, 2004.

la reconfiguración de los propios lazos identitarios a partir de la irrupción de nuevas demandas. Lo propio del populismo sería entonces su carácter rupturista, mientras que toda fijación y re-absorción institucional ulterior implicaría una desviación hacia otra forma de discurso.

Si lo anterior es correcto, las interpelaciones populistas del discurso peronista habrían emergido como una forma de aglutinar a las demandas insatisfechas de los sectores trabajadores urbanos, frente a un régimen liberal que no las reconoce como tales y a una serie de discursos contestatarios que no consiguen absorberlas. La dinámica sería similar a la presentada por Laclau en su primer estudio sobre el populismo, pero agregando la irrupción de lo heterogéneo, es decir, de las demandas previamente excluidas de la representación. Tendríamos entonces una síntesis de las interpelaciones populares como conjunto antagónico a la ideología dominante (la ideología liberal), pero incluyendo entre dichas interpelaciones a una serie de demandas que irrumpen a partir de dicho antagonismo (en este caso, las del nuevo proletariado urbano). Este antagonismo estaría expresado por una identidad popular, en la que participan sectores nacionalistas, católicos, grupos radicales, etc., junto a la aparición de las masas urbanas movilizadas, confrontadas con los defensores del orden liberal: radicales, conservadores, socialistas, empresarios, etc. El momento populista sería entonces el de la irrupción de las masas, que se inicia el 17 de octubre de 1945 y continúa hasta la elección presidencial de Perón, para luego ir institucionalizándose en el progresivo desarrollo de la “comunidad organizada”. Pero dicha incorporación, ¿no es tributaria de una incorporación previa que, como la de 1943, es ajena a las interpelaciones típicamente populistas? Y si es así, ¿no se torna compleja la ligazón unívoca del discurso populista a un momento específico determinable de “irrupción” o “incorporación”?

### **La inclusión como momento mítico**

El peronismo es, innegablemente, un fenómeno político ligado a la incorporación de nuevos sectores socio-políticos al centro de las interpelaciones políticas. Que toda incorporación implica, en mayor o menor medida, una re-configuración del orden de lo policial<sup>4</sup> (para decirlo en términos de Rancière), es decir, de las posiciones identitarias relativamente consolidadas, es una consecuencia lógica de dicha incorpora-

---

<sup>4</sup> La policía es, para Rancière, el orden ajeno a la política, puesto que en él las identidades se dan por sentadas en sus posiciones sedimentadas (ver Rancière, 2005).

ción. Sin embargo, que populismo, incorporación y dicotomización formen parte de una misma situación de ruptura del orden político es una afirmación difícil de contrastar en el complejo desarrollo histórico del fenómeno peronista. En especial porque si nos situamos en el nivel de la génesis de las interpelaciones populistas, observamos que las mismas no coinciden estrictamente con el momento de incorporación de las masas. Emilio de Ípola ha señalado que hasta mediados de 1945 los discursos de Perón muestran una gran ambivalencia, en el marco de la cual se registra una pretensión de interpelar a una gran diversidad de sectores sociales y políticos. Solo desde fines de 1945, una vez estabilizadas las posiciones políticas de cara a las elecciones de 1946, comenzarán a manifestarse los elementos más propiamente populistas, entre los cuales se destacan la dicotomización del campo político y la apelación directa e inequívoca a los sectores trabajadores (ver de Ípola, 1982: 152-154). Es evidente, sin embargo, que ya desde 1943 se inicia, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, la incorporación política de las masas obreras, y que si bien a partir del 45 dicha incorporación habrá de adquirir un carácter distinto, mucho más confrontativo, la subjetivación de la clase trabajadora en tanto destinataria directa del discurso peronista es previa a ese momento y, por lo tanto, no es simultánea a la irrupción populista. De hecho, como veremos más adelante, dicha subjetivación no deja de ser tributaria de una forma de inscripción simbólica previa aún al 43.

La conformación del discurso peronista tiene una particularidad: mientras que el mismo se origina desde el poder, como expresión de una facción dominante en una coyuntura específica, una serie de circunstancias lo llevarán a posicionarse ulteriormente como un discurso anti-poder. Las interpelaciones populistas se inician en este segundo momento, cuando una serie de circunstancias llevan a Perón a dejar de ser la expresión de un sector dominante para pasar a ser el representante de una oposición a los grupos de poder tradicionales. La extrapolación del momento populista respecto del peronismo se apoya en gran medida en esa discontinuidad histórica, puesto que los discursos más típicamente populistas fueron pronunciados por Perón en 1945<sup>5</sup>. Tal distinción es efectivamente posible, pero corre a su vez el riesgo de perder de vista ciertas continuidades que vinculan al populismo con el proceso político iniciado en 1943, y que escapan a una pura confrontación con la ideología dominante, puesto que determinan también la forma y los límites de dicha confrontación.

---

<sup>5</sup> En "Hacia una teoría del populismo", Laclau toma como ejemplo solamente discursos de 1945.

En sus primeras apariciones políticas, lejos de confrontar con los grupos de poder dominantes, Perón expresa el punto de vista de un sector de los mismos, mayoritario al interior del Ejército y de la Iglesia, que pretende emprender una modernización de las relaciones laborales acorde al modelo de industrialización de las naciones avanzadas (sin perder de vista, claro está, el ejemplo de movilización social del fascismo). No cabe aquí desarrollar los pormenores de un proceso complejo en el que intervinieron grupos de poder contrapuestos, clases patronales, masas trabajadoras y sindicatos, en el marco de un contexto internacional incierto que tendría una importancia decisiva en las idas y venidas de las pujas de poder<sup>6</sup>. Es preciso sin embargo rescatar algunos elementos centrales. Primero, Perón aparece originalmente como el portavoz de un gobierno ligado a una incorporación no rupturista de las clases trabajadoras, basada en una ciudadanía industrial que, a la vez que reconocía institucionalmente a los trabajadores, los circunscribía a una tutela estatal que buscaba reproducir las jerarquías de poder tradicionales. Segundo, en el marco de ese proceso comienzan a adquirir un renovado poder los líderes sindicales, quienes a través de las negociaciones con el Estado ven moderadamente renovada su capacidad de representación de la clase obrera. Tercero, Perón empieza a hablarle directamente a las masas obreras y a conseguir su adhesión a través de beneficios sociales, con una intensidad mayor a la que se hubiera registrado con anterioridad en la historia argentina. Se gesta así una relación directa entre el líder y la masa, aunque con un carácter muy diferente al que habría de adquirir en 1945. Cuarto, en 1943 no estaba todavía claro que el modelo democrático-liberal fuese a ser el dominante a nivel mundial, y es claro que el sector político del que Perón formaba parte distaba de anhelar una salida democrática al régimen militar<sup>7</sup>.

Estos elementos son importantes para recuperar cierta dimensión de diacronía en la conformación del discurso populista, que nos permita analizarlo no solo en el marco de un momento de ruptura, sino también en la formación de un tipo de régimen con características específicas. Si el período 1943-1945 nos muestra un proceso de incorporación y de subjetivación desarrollado en el marco de una configuración discursiva diferente a la que tendría lugar a partir de 1945, es claro que la emergencia de las interpelaciones populistas no puede estar ligada a la incorporación en sí misma,

---

<sup>6</sup> Los pormenores del proceso político que va de 1943 a 1945 fueron minuciosamente analizados por Juan Carlos Torre (ver Torre, 2006).

<sup>7</sup> Este aspecto de la compleja relación entre el peronismo y la democracia fue inteligentemente observado por Tulio Halperín Donghi (1987).

sino a una forma particular de articulación que debe re-definir el carácter de dicha incorporación en un contexto sumamente diferente. Este contexto está, a nuestro juicio, determinado por dos acontecimientos correlativos: la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial, y la ofensiva de los grupos socio-políticos tradicionales contra las reformas emprendidas a partir del golpe del 43. Como han analizado diversos trabajos<sup>8</sup>, hacia 1945 el proyecto socio-político de Perón parece progresivamente condenado al fracaso, a medida que las fuerzas tradicionales se agrupan para recuperar sus posiciones tradicionales. Articuladas en torno a un discurso democrático, son estos mismos grupos los que demarcan el terreno de la contienda electoral, al buscar dividir el campo político a través de la antinomia democracia-fascismo<sup>9</sup>. Ocurre que, como ha señalado Laclau, al asociar el significante “democracia” a una restauración del orden liberal tradicional, el mismo es incapaz de interpelar a los sectores ligados al incipiente intento de modernización. Además, la ofensiva de los grupos liberales adquiere un grado tal de beligerancia (recordemos, por ejemplo, que se hablaba de la posibilidad de juzgar a los funcionarios del gobierno de facto), que genera naturalmente una reacción defensiva entre los sectores ligados al golpe del 43.

Lo anterior parece indicar que ya a mediados de 1945, antes del surgimiento de las interpelaciones más claramente populistas, el campo político ha comenzado a adquirir algunas de las características propias de una articulación populista: dicotomización, fijación de fronteras entre formaciones hegemónicas, y significantes vacíos<sup>10</sup> que totalizan a dichas formaciones (democracia-fascismo). Los grupos políticos tradicionales, condensados en la Unión Democrática, buscan de ese modo transplantar localmente la dicotomía dominante a nivel mundial, identificándose, a través del significante “democracia”, con el bando hegemónico. Esta operación parece inicialmente exitosa: Perón solo recibe el apoyo de los grupos ideológicamente más ligados a la experiencia fascista (principalmente los sectores nacionalistas del Ejército, y la Iglesia), al tiempo que busca acrecentar su base de apoyo a través del acercamiento con alguno de los partidos tradicionales, entre ellos la UCR. En tanto que su popularidad entre las bases obreras es aún incierta, Perón debe mantener una tensa relación con los

---

<sup>8</sup> Aquí nos basamos principalmente en Torre (2006) y Luna (2005).

<sup>9</sup> El agrupamiento de los partidos políticos tradicionales comienza a conformarse a partir de experiencias previas a la aparición del peronismo. Al respecto, ver García Sebastiani, 2005.

<sup>10</sup> El significante vacío es un elemento central para comprender la dinámica de una formación hegemónica, según el enfoque que estamos utilizando. Para una explicación conceptual, ver Laclau, 1994.

líderes sindicales. En ese marco, el discurso peronista se mantiene dentro de una ambigüedad que no logra conmover la dicotomía planteada por sus opositores.

Pero el discurso de la Unión Democrática apela a una esfera que ya no cuenta con el predominio de épocas anteriores. Al plantear una antinomia entre modelos políticos, los sectores liberales relegan a un segundo plano la cuestión social; o, en todo caso, la re-dirigen hacia significantes políticos bajo los cuales ella pierde sustancia propia, como ocurre cuando los beneficios sociales son estigmatizados como expresiones de demagogia proto-fascista (luego tomaremos un ejemplo). Es claro, sin embargo, que tal operación es incapaz de interpelar a aquellos sectores para los cuales la política social es esencial a sus condiciones de vida: la clase trabajadora. Recordemos que, antes de 1943, la identidad política de los trabajadores no lograba superar los desajustes de una modificación en su composición social a partir de las migraciones internas<sup>11</sup>, así como los problemas de una organización sindical disminuida por la represión estatal (ver Torre, 2006). Cuando el gobierno de facto comienza a reconocer a los trabajadores en tanto tales, es decir, en el ámbito específico de sus relaciones laborales (y no solo bajo categorías jurídico-políticas, como “ciudadanos”), la subjetivación de las masas obreras se da en un espacio que poco tiene que ver con antinomias entre modelos políticos (democracia-autoritarismo; liberalismo-fascismo). Ello implica que en 1945 la clase obrera se encuentra dislocada frente a un discurso que se torna predominante, incapaz de reconocer su posición específica dentro del mismo. ¿Significa eso que aquélla carece de toda forma de inscripción en los discursos políticos de aquel entonces? No, puesto que, como hemos visto, la misma ya ha atravesado un proceso de reconocimiento e incorporación discursiva iniciado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. Lo que está en juego no es, entonces, un proyecto de incorporación frente a otro de no incorporación, sino qué hacer con un actor social que ya se ha hecho presente, pero cuya potencial incidencia en el desarrollo político es aún incierta.

Si lo anterior es correcto, las interpelaciones populistas no son necesariamente el origen de la totalidad de los efectos ligados a una formación populista, sino una forma específica de articular una diversidad de elementos que provienen de un desnivel anterior a su propia aparición. Desnivel provocado, en el caso del peronismo, por

---

<sup>11</sup> Que las migraciones internas hayan sido el factor determinante para explicar la adhesión de la clase obrera al peronismo (ver Germani, 1982) es un hipótesis en gran medida superada. No obstante, aquéllas fueron un elemento relevante en la re-configuración ideológica de la clase obrera.

una política social que comienza a dar cuenta del ámbito específico de las relaciones de trabajo, y por un campo político que comienza a dicotomizarse a partir de una ofensiva democrático-liberal que busca reproducir localmente la antinomia predominante a nivel mundial. Como indica con toda claridad Juan Carlos Torre: “con la ofensiva concertada de los partidos y los intereses económicos contra Perón desaparecen los matices y es un orden político y social el que se unifica, compacto, en el rechazo a las reformas que apuntan a ampliar la participación de los trabajadores. Y al hacerlo, cambian la trama en la que se definían las orientaciones obreras” (Torre, 2006: 243). Es en ese terreno, marcado por una ofensiva que busca revertir el proceso iniciado en el 43, que Perón debe recurrir, como único medio para construir un movimiento de masas con perspectivas de éxito electoral, a la radicalización de su discurso<sup>12</sup>. Al hacerlo, interpela a las masas obreras de un modo muy diferente al del período 43-44, pues comienza a acentuar su potencial disruptivo antes que su subordinación estatal. Al mismo tiempo, responde a la dicotomía de la Unión Democrática con otra antinomia que se sitúa en el terreno propio de su electorado: justicia social-liberalismo; democracia social-democracia liberal. Debemos tener en cuenta que, además de los cálculos electorales propios de la coyuntura, Perón conocía, a partir de su desempeño como soldado en el interior del país, la realidad de explotación y miseria de los trabajadores de las provincias (ver Buchrucker, 1987: 300-303).

Estamos ya en el momento de la irrupción populista, donde se hace presente lo otro, lo heterogéneo. Sin embargo, la apelación al período previo, a la labor desarrollada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, es permanente. Las interpelaciones populistas no surgen solamente como una ruptura de un orden discursivo-institucional relativamente consolidado, sino a la vez como una recuperación simbólica del momento real de la incorporación; momento que se corresponde, retomando la terminología de de Ípola y Portantiero, con lo “nacional-estatal”. Como ha señalado de Ípola en otro trabajo, las medidas tomadas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión fueron complementarias a las interpelaciones propiamente populistas al momento de determinar su efectividad en la recepción del discurso peronista. No sería arriesgado pensar que además de complementariedad existió una cierta causalidad. Las interpelaciones populistas (entendidas como discursos que aglutinan demandas y dicotomizan el espacio político) están siempre disponibles en el campo de la discursividad (en caso

---

<sup>12</sup> El poco margen de maniobra en el que se movía Perón en la coyuntura de 1945 ha sido minuciosamente analizado por Félix Luna (2005).

contrario, estaríamos en presencia de una totalidad social suturada), pero su aceptación por parte de sus destinatarios depende de que ellas sean percibidas como auténticas y no como demagógicas. Un contexto de descrédito general de los discursos políticos tradicionales puede ser favorable para la emergencia de un discurso populista pero, a la vez, todo nuevo discurso corre el riesgo de ser arrasado por el clima de descrédito general. La ventaja de Perón consiste en contar con una instancia que respalda sus palabras: sus medidas de gobierno. Así, mientras la Unión Democrática busca instalar un discurso basado en principios políticos abstractos, Perón basa su discurso en lo concreto de sus acciones. Tomemos, a modo de comparación, dos discursos de la campaña electoral de 1945:

*El hombre que trabaja es un soldado de la patria, digno de una vida más humana y generosa. Pero ha de alcanzar ese bienestar y esa felicidad por los caminos de la altivez y la legalidad. No debe caer en la ingenuidad peligrosa de vender su libertad espiritual por la pobre paga de un aumento ficticio porque no ha sido concedido por virtud de una solución científica y razonada. No debe aceptar limosnas que ofendan su hombría ni dádivas que ultrajan su dignidad. (Tamborini)*

*La obra social cumplida es de una consistencia tan firme que no cederá ante nada, y la aprecian no los que la denigran sino los obreros que la sienten. Esta obra social que sólo los trabajadores la aprecian en su verdadero valor, debe ser también defendida por ellos en todos los terrenos. (...)*

*Esta tarea realmente ciclópea se ha cumplido con este valioso antecedente: las conquistas obtenidas lo han sido con el absoluto beneplácito de la clase obrera, lo que representa un fenómeno difícil de igualar en la historia de las conquistas sociales. (Perón)*

Las diferencias en el registro de ambos discursos son evidentes: las instancias de legitimación, el tipo de lenguaje, el modo de referirse a los interlocutores. Ambos discursos, sin embargo, se refieren a un mismo acontecimiento: la política social. Pero lo hacen en claves muy diferentes: mientras Tamborini intenta suprimir el ámbito específico de dicha política, refiriéndose despectivamente a ella desde una presunta altivez jurídico-política, Perón, contrariamente, acentúa sus resultados en el terreno social. Luego, el discurso peronista retoma y a la vez subvierte la antinomia planteada por sus adversarios. La retoma, en tanto que, una vez imposibilitada una alianza con los partidos tradicionales, Perón no tiene más alternativa que aceptar una distribución de fuerzas en gran medida incommovible. La subvierte, puesto que, por razones obvias en ese contexto, no se hace cargo del estigma de “fascista” y trastoca los propios tér-

minos de la dicotomía: la lucha se articula por el propio significante “democracia” (ver Laclau, 1982), a la que el peronismo comienza a asociar con la justicia social<sup>13</sup>.

Lo anterior es importante porque, a nuestro juicio, da cuenta de una forma de incorporación que no es la de una irrupción radical, sino la de una radicalización re-activa de un proceso de subjetivación ya dado. Si insistimos en señalar esta separación, es porque creemos que si bien las interpelaciones populistas son en el peronismo la expresión de una ruptura y de una inclusión, no se inscriben necesariamente en el momento irreductible de la inclusión como tal (es decir, el momento de irrupción de lo heterogéneo y de re-configuración de las identidades políticas), sino en una forma particular de referencia a dicha irrupción. Ello significa que las interpelaciones populistas no tienen por qué limitarse a un momento específico de dislocación y conmoción, como si el discurso y el acontecimiento al que aquél refiere fuesen necesariamente simultáneos o contemporáneos. Como ha señalado Eliseo Verón, las condiciones de producción de un discurso son únicas, mientras que las condiciones de reconocimiento son múltiples: un mismo hecho puede ser interpretado de diversas maneras en diferentes contextos (culturales, históricos, políticos, etc.) (ver Verón, 1994). Las condiciones en las cuales se produce la inclusión de las masas obreras en el discurso peronista son únicas: forman parte del proyecto organicista y modernizador de un sector dominante de las Fuerzas Armadas. La recepción de dicha inclusión, que es a la vez re-inscripta en la producción de un nuevo discurso, son múltiples: demagogia de un gobierno autoritario (Unión Democrática), redención de una opresión ancestral (peronismo a partir de 1945), armonización de las fuerzas productivas (peronismo principalmente a partir de 1952).

Si las interpelaciones populistas, como hemos visto, se sitúan en la re-inscripción y re-creación del momento de la inclusión como “irrupción radical”, y no en el momento mismo de dicha inclusión como tal, se amplía la posibilidad de analizar al populismo en una dimensión diacrónica. Las interpelaciones populistas no radicaría solo en la operación irreductible a través de la cual los que no tienen parte pasan a formar parte (retomando la terminología de Rancière), sino también, en mayor o menor medida, en la construcción simbólica de dicho acontecimiento. Tal construcción tendría las características de la noción de mito elaborada por Roland Barthes: la

---

<sup>13</sup> Daniel James (2005) ha analizado en profundidad el modo en el que el peronismo subvierte el sentido de los significantes tradicionales de la política argentina, a través de su desplazamiento hacia significantes vinculados a lo social.

formación de un lenguaje segundo a partir de un lenguaje primero; más precisamente, la generación de un signo segundo a partir de un significante escindido de su significado original<sup>14</sup> (ver Barthes, 2003). En este esquema, la inclusión funcionaría como un símbolo: originariamente acontecida para armonizar las fuerzas productivas y garantizar las relaciones de poder tradicionales, es re-interpretada luego como una rendición de las masas explotadas y como una ruptura de dichas relaciones de poder. Esta interpretación, al re-inscribir y re-presentar el momento de la inclusión como irrupción radical, genera una serie de nuevos efectos ligados a aquélla; la inserción armoniosa y subordinada de las masas es reemplazada por actitudes más beligerantes. Ya no sería necesariamente la irrupción misma la que trastoca el orden socio-político establecido, sino la mistificación del momento de la inclusión como irrupción radical. El populismo mantendría así en gran medida su carácter rupturista y dislocador, pero ya no necesariamente por su inscripción en un acontecimiento, sino por la generación retroactiva del acontecimiento como tal; más precisamente, por el trastocamiento retroactivo de su carácter.

En su clásico trabajo sobre la discursividad del fenómeno peronista, Silvia Sigal y Eliseo Verón denominaron “modelo de la llegada” al dispositivo de enunciación según el cual Perón se sitúa a sí mismo como un soldado que irrumpe desde el ámbito virtuoso del Ejército, para intervenir en la historicidad degradada de la política, donde diferentes facciones políticas se repartían el poder a expensas del pueblo trabajador (ver Sigal y Verón: 2004). La estructura del mito está aquí sumamente presente: Ejército, soldado, pueblo, trabajadores; cada significante es dispuesto en una posición funcional al modelo de enunciación. El Ejército es la virtud; la política tradicional es la corrupción; los trabajadores son los marginados cuyas necesidades nadie había representado; Perón es el soldado que trae la virtud del Ejército para terminar con las luchas políticas y redimir a los trabajadores. Los símbolos quedan dispuestos de tal manera que el peronismo se constituye como una interrupción en la continuidad histórica, como algo totalmente novedoso. Pero esta apropiación simbólica requiere una operación adicional: la eliminación de las huellas de la misma apropiación. Como es obvio, la credibilidad del mito está ligada a su no reconocimiento como tal, es decir, a la percepción de los símbolos como entidades que siempre han sido lo que son. Los

---

<sup>14</sup> El concepto de mito elaborado por Barthes fue sujeto a varias críticas, que dieron lugar a ulteriores revisiones por parte del autor. Creemos que los elementos aquí utilizados retienen un importante valor explicativo.

trabajadores, por ejemplo, no podrían significar una masa ancestralmente ignorada por los políticos si, simultáneamente, se recordaran las reivindicaciones sociales de los partidos de izquierda. De allí que, como ha analizado Mariano Plotkin, uno de los rituales de masas más importantes del peronismo, el Primero de Mayo, fuese reconstruido a partir de un progresivo desplazamiento de la simbología de los partidos de izquierda que había predominado tradicionalmente, hasta convertirlo en un ritual plenamente peronista (ver Plotkin, 1993). Nuevamente, la construcción de la novedad: un ritual que, mucho antes del surgimiento del peronismo, simbolizaba las luchas por las reivindicaciones obreras, es re-apropiado por aquél para simbolizar la adhesión de las masas al liderazgo de Perón.

Cabe preguntarse, en este punto, si la noción de la irrupción radical como elaboración mitológica es incompatible con la idea del populismo como inclusión de lo heterogéneo. A nuestro juicio, no lo es en su totalidad, aunque sí implica una interpretación menos radical de dicho acontecimiento. En primer lugar, aunque las interpelaciones populistas no son, en el caso del peronismo, simultáneas a la inclusión de las masas excluidas, sí son claramente tributarias del proceso de incorporación que se inicia en 1943, sin el cual la re-inscripción simbólica a la que hemos estado haciendo referencia no hubiese sido posible. Pero además, dicha re-inscripción es a la vez una nueva forma de irrupción, puesto que trastoca la configuración de identidades políticas y genera nuevos puntos antagónicos. Es el carácter “radical” de dicha inclusión lo que se pone en tela de juicio, puesto que no se trata de representar a lo externo al orden simbólico, como si antes de 1945 las masas urbanas no hubieran tenido entidad política. Es más: incluso antes de 1943, dichas masas estaban lejos de carecer de modos de representación en la cultura política dominante. Como ha señalado Gerardo Aboy Carlés en un reciente artículo, “aquellos que no eran admitidos en el espacio comunitario lejos estaban de ser innominados: estigmatizados como ‘cabecitas negras’, ‘rotos’ o ‘cholos’, representaban ese exterior frente al cual el propio estatuto de una ‘ciudadanía decente’ podía definirse” (Aboy Carlés, 2006: 9). Esta línea de análisis da cuenta, además de los aspectos novedosos del peronismo, de ciertas líneas de continuidad, que si bien no anulan su carácter rupturista, logran a la vez entender sus

limitaciones. Estas son propias de una cierta configuración identitaria previa que condiciona cualquier articulación discursiva emergente<sup>15</sup>.

Si, como hemos aclarado, la construcción mítica de la irrupción no significa que la misma no conlleve efectos disruptivos, sí implica que la forma en la que dicha construcción se articula establece los términos de la irrupción; más precisamente, determina las condiciones bajo las cuales se produce la ruptura con el orden previo. Pero a su vez, significa que la irrupción no es nunca un hecho acabado, puesto que está abierta a una permanente reinterpretación: por momentos, las masas son una fuerza liberadora contraria a las relaciones de poder tradicionales; luego, son una pieza fundamental en el ordenamiento de la “comunidad organizada”. De allí que de Ípola y Portantiero vieran en el populismo una sucesión de esas dos etapas: una rupturista y otra integrista. Pero, como ha señalado Aboy Carlés, dichas etapas no pueden ser tan tajantemente separadas temporalmente, puesto que el discurso peronista es, desde sus inicios (y más allá de la primacía de una fórmula o de la otra en diferentes momentos) fluctuante entre ambas tendencias (ver Aboy Carlés: 2004). El propio de Ípola postuló que “el proyecto populista-obrero nació al calor y sobre la base del populismo nacional-burgués peronista” (de Ípola: 1982; 130). El peronismo nunca termina de decidir entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal. Si bien, como señala de Ípola, las interpelaciones populistas van progresivamente disminuyendo hacia 1955, lo cierto es que poco antes del golpe reaparecen con toda su fuerza en un discurso pronunciado por Perón:

*A la violencia hemos de contestar con una violencia mayor (...) Con nuestra tolerancia exagerada, nos hemos ganado el derecho a reprimirlos violentamente. Y desde ya establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituida, o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino (...)*

*Esta conducta que ha de seguir todo peronista no va dirigida solamente contra los que ejecuten actos de violencia, sino también contra los que conspiren e inciten (Perón, 31/8/1955)*

La indecisión entre las interpelaciones populares y las interpelaciones nacional-estatales atraviesa al fenómeno peronista desde, al menos, la campaña electoral de 1945, hasta el golpe de Estado de 1955. Dicha indecisión no dejó de estar vinculada a las acciones y reacciones de la oposición anti-peronista. De allí que los discursos más

---

<sup>15</sup> La tensión entre configuraciones identitarias sedimentadas y potenciales discursos que las subvierten, es un debate demasiado extenso para abordar aquí. La categoría de populismo, tal como fuera esquematizada por Laclau en *La razón populista*, es un elemento central en dicho debate.

inequívocamente confrontativos de Perón surgieran o bien en momentos de competencia electoral, o bien como respuesta a ataques directos de grupos opositores (bombas en los festejos del Primero de Mayo de 1952, inminencia de golpe de Estado en 1955). La polarización del campo político no es solo un posicionamiento ideológico del peronismo, sino también una forma de interacción entre fuerzas antagónicas que no consiguen estabilizar sus posiciones. Es por eso que, a nuestro juicio, el populismo no puede ser reducido a un momento de dislocación, puesto que ésta atraviesa también al régimen populista, desde adentro y desde afuera del campo popular.

### **Homogeneidad, heterogeneidad, identidad**

La cuestión de la naturaleza de la inclusión en el peronismo nos ha llevado a introducirnos en la ambigüedad de sus interpelaciones. Como hemos visto, la misma responde en gran medida a las contradicciones en las que dicha inclusión tuvo lugar, producto del acercamiento en alguna medida forzado a los trabajadores por parte de sectores conservadores de la elite que buscaban una modernización de las relaciones laborales. Pero caeríamos en un error si pensásemos que las ambigüedades ideológicas del peronismo pueden explicarse exclusivamente a partir de su composición social, puesto que no todos los movimientos sociales policlasistas poseen la misma característica (el fascismo, sin ir más lejos, fue un movimiento policlasista con principios ideológicos mucho menos ambiguos que los del peronismo). Una explicación alternativa es la del pragmatismo (Ciria, 1982), según la cual Perón habría mantenido intencionalmente la ambigüedad de sus consignas con el objetivo de preservar un amplio margen de maniobra ante diferentes coyunturas. Aunque en gran medida cierta, es poco el valor explicativo de dicha hipótesis. En primer lugar, porque toda acción motivada por consideraciones teleológicas está indefectiblemente encuadrada en algún marco significativo que le da sentido. Segundo, porque para que una identidad colectiva exista como tal, debe apoyarse en algún principio identificador que, por más precario que sea, trascienda la ambivalencia de las diferentes consignas.

La cuestión del “principio identificador” ha estado en el centro de los estudios sobre la ideología peronista desde sus inicios. Como ya hemos señalado, en su trabajo originario sobre el populismo Laclau extrapolaba de las ambigüedades del discurso populista un principio articulador nacionalista e industrialista, en torno al cual se habrían amalgamado las interpelaciones popular-democráticas. A partir de ello, se

gún su razonamiento, la identidad peronista sería el producto de una articulación de elementos heterogéneos en torno a un principio ideológico particular. Sin embargo, como señalase oportunamente de Ípola:

“(…) como bien dice Laclau, el peronismo supo rescatar y articular ciertos elementos dispersos en el espacio ideológico, haciendo con ellos una síntesis que pronto reveló su extraordinaria eficacia. Pero esos elementos (autoritarismo, democracia, nacionalismo, militarismo, antiimperialismo) que preexistían como fragmentos liberados de ideologías en crisis tenían el evidente defecto de entrar a menudo en contradicción, no tanto por sus contenidos ‘literales’, sino por los intereses conflictivos de quienes eran sus ocasionales portadores. Eso hizo que la ‘articulación’ a que se refiere Laclau haya sido de entrada una articulación endeble y precaria” (de Ípola: 1989b).

Las palabras de de Ípola se adelantaban a una problemática que sería central en posteriores estudios sobre la ideología y las identidades políticas; problemática que los actuales debates en torno al populismo han vuelto a situar en un primer plano. Si el peronismo implicaba efectivamente una agregación de grupos cuyos intereses conflictivos entraban a menudo en contradicción, ¿en dónde residía el principio de unidad en el que se fundamentaba la existencia de una identidad peronista?<sup>16</sup>

En *La razón populista* Laclau ha intentado, aunque desde una perspectiva eminentemente teórica, dar respuesta a dicha pregunta. Para Laclau, el discurso populista consiste precisamente en la pretensión de englobar a un conjunto amplio y heterogéneo de demandas en contra de un orden socio-político que no consigue absorberlas. Puesto que dichas demandas no contienen en sí mismas ninguna cualidad positiva en común, su amalgama depende de un elemento que, vaciándose de su significación particular, pase a representar la pura contraposición con el orden dominante. De allí que la ambigüedad del populismo esté dada en relación directa con su pretensión hegemónica expansiva: cuanto mayor sea la cantidad de grupos a los que se desea incluir en una cadena equivalencial, mayor habrá de ser necesariamente la vaguedad del principio que los articule. A su vez, cuanto más amplia sea una cadena de equivalencias, mayor será la tensión entre los elementos particulares que la componen. La tensión entre universalidad y particularidad es entonces determinante en la configuración ideológica del discurso populista.

Lo anterior nos enfrenta a la problemática propia del concepto de articulación. Si el mismo hace referencia a “toda práctica que establece una relación tal entre ele-

---

<sup>16</sup> Una primera respuesta a esta pregunta residía en el propio carisma de Perón (de Ípola y Portantiero, 1989; Ciria, 1983). Sin embargo, ello conducía inmediatamente al interrogante por los modos de constitución del lazo carismático.

mentos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” (Laclau y Mouffe, 2004: 142-143), el problema analítico en una formación populista expansiva reside en la medida en que la identidad de los grupos articulados es absorbida por la cadena de equivalencias, por un lado, y, por el otro, en el resto que aquéllos retienen de su posición particular previa. Mientras que una identidad política puede ser considerada como una unidad de nominación derivada de actos eminentemente performativos que producen efectos de inclusión y exclusión (Laclau, 2005), su existencia en el tiempo está por otro lado sujeta a la sedimentación<sup>17</sup> de dichos actos en orientaciones gregarias para la acción (Aboy Carlés, 2001b). Mientras que en el peronismo la primera condición es más visible, la segunda se torna problemática. La incapacidad del peronismo por cristalizar sus lazos identificatorios en prácticas relativamente homogéneas, da cuenta de una heterogeneidad que no consigue ser absorbida por la propia cadena de equivalencias.

Un primer punto a señalar en este sentido es la diferencia en la composición social del peronismo a nivel geográfico. Como han demostrado los estudiosos del voto peronista (Smith, 1980; Llorente, 1980), mientras que en los grandes centros urbanos el peso electoral de los trabajadores era preponderante en la elección de los candidatos del peronismo, en las zonas rurales dicho electorado era más heterogéneo y sumaba elementos de diferentes estratos sociales. Ello acarrea, claro está, configuraciones ideológicas disímiles: mientras que en las grandes ciudades el peso de la movilización popular y las alianzas sindicales, apoyadas inicialmente en consignas anti-oligárquicas, era determinante, en las provincias el peronismo recurrió a la negociación y cooptación de los grupos políticos tradicionales (en algunos casos aprovechando disputas de poder internas)<sup>18</sup>. El resultado no fue solamente una multiplicidad de principios ideológicos ambiguos e incluso contradictorios, sino también una variedad de prácticas políticas contrapuestas. En su voluntad por constituir un movimiento político lo más amplio posible, pero a la vez sumamente vertical y organizado, Perón dio lugar en cada caso a una estrategia política diferente, que implicaba diversos actores y diferentes consignas. En las provincias, ello significó a menudo la articulación de tra-

---

<sup>17</sup> Sobre la definición teórica del concepto de “sedimentación”, ver Laclau, 1990.

<sup>18</sup> Sobre la primera generación de gobernadores peronistas, ver Luna, 2000: 41-59.

diciones políticas previas, vinculadas en muchos casos al nacionalismo y el catolicismo social<sup>19</sup>.

Si, como sostienen diferentes autores (de Ípola y Portantier, 1989; Ciria, 1982), esta multiplicidad extremadamente heterogénea de prácticas y sectores socio-político encontraba como único principio de unidad al liderazgo de Perón, es claro que la consolidación de ese liderazgo mucho tuvo que ver con la capacidad de negociar exitosamente con las distintas elites socio-económica del interior, los grupos políticos tradicionales y los sindicatos, desde la ventajosa posición que otorgaba el control del Estado durante un período inicial de gran prosperidad económica. Pero, a la vez que Perón esperaba que la propia prolongación de su régimen en el tiempo produjera una identidad peronista, ciertas contradicciones internas se tornaban irresolubles (Buchrucker, 1988). El conflicto con la Iglesia no hizo más que hacer evidente dicha endeblez: mientras que el “núcleo duro” del peronismo, cimentado en los sindicatos y los trabajadores urbanos, se alineó inequívocamente con Perón en la disputa, en las provincias los sectores peronistas gobernantes quedaron a menudo desubicados, incapaces de superar la contradicción entre su arraigada tradición catolicista y su pertenencia a un movimiento que, abruptamente, parecía divorciarse de ella<sup>20</sup>. Se torna allí evidente la indecisión entre tradiciones políticas previas y sedimentación ideológica peronista.

Este desarrollo no deja de reproducir en alguna medida el proceso transcurrido en la década del 30. Mientras que allí la crisis del liberalismo fue el producto de la desarticulación del mismo con el significativo “democracia”, la ruptura de Perón con la Iglesia implicó en cierta medida la desarticulación entre peronismo y catolicismo. Ello se tradujo en el desprendimiento de ciertos sectores (católicos, militares, nacionalistas) previamente alineados con el peronismo, y su traspaso a un frente anti-peronista igualmente heterogéneo.

Este paso fugaz de ciertos sectores, que en 1945 adhieren al peronismo y en 1955 contribuyen a derrocarlo (o al menos, como ocurrió con algunos gobiernos provinciales, no actúan para defenderlo), parece poner de manifiesto la precariedad en lo que respecta al momento de la sedimentación de los lazos identitarios del peronismo. Si, como dijimos, una práctica articuladora implica tanto la aglutinación de elementos

---

<sup>19</sup> Para un análisis detallado de los diferentes casos de articulación de las tradiciones políticas previas por parte del peronismo, ver Macor y Tchach, 2003.

<sup>20</sup> Para un análisis caso por caso de la difícil situación que atravesaron los gobernadores peronistas a partir del conflicto con la Iglesia, ver Luna, 2000: 204-210.

diferenciales como su transformación a partir de su inclusión en una cadena de equivalencias, y si una identidad socio-política se constituye precisamente a partir de una serie de elementos articulados, lo que la abrupta desarticulación del peronismo parece poner en duda es precisamente la entidad de los lazos identitarios entre los grupos que lo conforman. De allí que los estudios recientes sobre el populismo que hemos mencionado tiendan a definirlo como un acontecimiento disruptivo; mientras que la emergencia del peronismo da cuenta de una profunda conmoción de los lazos identitarios y de la constitución de identidades nuevas, el desarrollo del régimen peronista revela la imposibilidad de cristalizar dichas transformaciones en una nueva estructuración del campo político. Ello parece otorgar a la categoría de populismo un cierto carácter paradójico: por un lado, ella daría cuenta de la constitución de nuevas identidades socio-políticas a través del surgimiento de nuevas prácticas articuladoras; por el otro, marcaría los propios límites internos de la identidad a partir de la agregación de elementos heterogéneos que mantienen gran parte de su particularidad.

Si bien es cierto que la tensión entre homogeneidad y heterogeneidad es inherente a cualquier identidad socio-política, debe destacarse que lo que el peronismo pone de manifiesto es una forma particular de sobrellevar dicha tensión. En este sentido, siguiendo a Aboy Carlés (2001; 2005), el peronismo (y el discurso populista en general) consiste en una práctica hegemónica específica que, a la vez que construye su homogeneidad interna a través de la confrontación con un exterior antagónico, busca absorber a los grupos adversarios para incorporarlos como una equivalencia más. De allí que la ambigüedad de los principios ideológicos del peronismo responda a una indecidibilidad constitutiva propia de la identidad populista, que consiste en mantener y potenciar la fluctuación entre su posición particular como parte de la comunidad, y su pretensión de asumir la representación de la totalidad social en su conjunto. Es por eso que en el peronismo la tensión entre particularidad y universalidad, propia de cualquier identidad con pretensiones hegemónicas, se torna más visible.

Esta pretensión de absorber la totalidad de las diferencias externas como equivalencias internas (Aboy Carlés, 2005), con la consecuente imposibilidad de establecer un contrato de creencia específico sobre los principios ideológicos del movimiento (Sigal y Verón, 2004), se sustenta en y es condición de posibilidad de la multiplicidad de prácticas contradictorias que atravesaron al peronismo. Es cierto que, en términos generales, los distintos grupos interpelados por el peronismo encuentran un principio de cohesión en el rechazo al liberalismo (Laclau, 1978). Pero al mismo tiempo, inclu-

so los grupos vinculados al liberalismo y la dominación oligárquica buscarán por momentos ser absorbidos por el bloque peronista (Aboy Carlés, 2005). De ese modo, a la vez que trastoca los lazos identitarios tradicionales, el peronismo, al no definir claramente una frontera que delimite la alteridad, produce efectos de identidad sumamente precarios. Mientras que en muchas provincias el peronismo aparece como la reacción de los grupos católicos contra los valores modernizantes del liberalismo, en los centros urbanos representa la liberación de los obreros de la opresión del capitalismo liberal. Es claro, sin embargo, que en uno y otro caso el significante “liberalismo” tiene connotaciones diferentes, y no es de extrañar que, allí donde la confrontación se planteaba en términos más claros y definidos, es decir, en las relaciones de producción, la adhesión al peronismo haya generado lazos de identificación más sólidos y duraderos<sup>21</sup>.

Lo que el razonamiento anterior parece indicar es que no es la sola amplitud de la cadena de equivalencias la que da lugar a una multiplicidad de prácticas contradictorias al interior del peronismo. Existe en realidad una vocación específica por mantener la indecisión respecto del principio articulador de la cadena de equivalencias, así como respecto de sus límites constitutivos. De ese modo, retomamos lo dicho anteriormente sobre la incapacidad de la identidad peronista para sedimentarse en acciones gregariamente orientadas. Sucede que para que esto ocurra, es necesario que los actos de nominación que constituyen los lazos identitarios produzcan efectos de significación estables, que den lugar a una cierta positivación del campo político. Si, por un lado, el significante vacío constituye la identidad a partir de actos performativos, la sedimentación de dichos actos en estructuras significativas estables deberá dar lugar a una cierta distribución de elementos cuyas posiciones puedan ser enunciadas en términos positivos<sup>22</sup>. Mientras que, por un lado, las fronteras identitarias del peronismo se mantenían en una permanente fluctuación y, por el otro, los enunciados doctrinarios de Perón repetían puras tautologías (González, 2006), el peronismo operaba como el nombre de un espacio heterogéneo en el marco del cual los efectos de transformación de los elementos articulados era muy dispar.

---

<sup>21</sup> Incluso los imaginarios de los obreros de diferentes procedencias mostraban, a pesar de su mayor homogeneidad, diferencias significativas, como lo revela el interesante estudio de José Nun (1994).

<sup>22</sup> Esta transición de actos de nominación puramente performativos hacia una designación del carácter positivo de los objetos ya había sido señalada por Lévy-Strauss (1971) respecto del “significante cero”, cuyas afinidades conceptuales con el “significante vacío” de Laclau son evidentes.

Esto último nos muestra que, al hablar de “identidad” peronista, debemos hacerlo con ciertas precauciones. Aún si el discurso populista dicotomiza el campo político a partir de una condensación de las interpelaciones anti-liberales, y aunque dicha dicotomización determine la matriz de los posicionamientos ideológicos en un período de tiempo determinado, nada nos garantiza, en tanto entendamos a los procesos de significación como polisémicos y plurivalentes, que los grupos que se ubican a uno u otro lado de la frontera compartan lazos de reconocimiento interiores a cada uno. Es cierto que los calificativos de “peronista” y “anti-peronista” trazan una línea que separa un adentro de un afuera que distingue a dos bandos diferenciados, pero nada garantiza que esa línea sea percibida en forma similar por la diversidad de grupos que se posicionan a uno y otro lado de ella. De ese modo, el propio sentido de dicha frontera se convierte en un objeto de disputa al interior del peronismo; disputa que puede sobrepasar en intensidad, como ocurrió en 1973, a la propia frontera tal como había sido establecida. Como en un juego de niveles múltiples, a la vez que el peronismo busca hegemonizar significantes como “pueblo”, “democracia” y “argentinos”, el propio significante “peronismo” estará sobredeterminado por una multiplicidad de luchas ideológicas internas que, por otro lado, nada impide que lleguen incluso a cruzar la frontera “peronismo-antiperonismo”. Nada impide, por ejemplo, que grupos católicos peronistas, atraídos al movimiento por su prédica anti-liberal, se sientan más cercanos a grupos conservadores, ubicados en el anti-peronismo por sus intereses económicos, que a los ideales de izquierda de muchos líderes laboristas o, incluso, socialistas cercanos al peronismo como Dickmann. Si, a pesar de ello, “peronismo-antiperonismo” se constituye en la matriz dominante del período, se debe en gran medida a la capacidad con que contó Perón para, desde el control del Estado y a través de la creación y el dominio de una importantísima maquinaria partidaria, sostener a sus adeptos y hostigar a sus opositores (con la consiguiente aglutinación de los mismos), disimulando las discordancias ideológicas tanto internas como externas.

Esta plurivalencia de la frontera identitaria no es una característica exclusiva del peronismo ni del populismo en general. En tanto que toda identidad está sobredeterminada (Laclau y Mouffe, 2004), sus criterios de inclusión y exclusión están siempre sometidos a juegos de re-significación. Sin embargo, la propia lógica de la hegemonía implica que algún jugador habrá de ser quien fije los límites de la identidad. Es el hecho de que ninguna tradición política cumpla con esa función, el hecho de que aquélla deba ser suplantada por la figura de un líder desinteresado por las definiciones

ideológicas, lo que caracteriza a la configuración ideológica del peronismo. Retomamos con esto ciertos elementos de la hipótesis del bonapartismo (Ramos, 1972), según la cual el peronismo sería la alianza no querida pero necesitada entre la burguesía nacional y la clase obrera. Hipótesis que, aún con todos sus supuestos simplificadores y carencia de agudeza teórica, lograba en alguna medida dar cuenta de la mecánica según la cual ninguna tradición política conseguía establecer el principio articulador que garantizase la prevalencia de la homogeneidad identitaria por sobre la heterogeneidad de grupos contrapuestos.

### **Populismo, cambio y estructura: un problema teórico inconcluso**

Con la publicación de *La razón populista*, Laclau ha intentado formular una teoría del populismo que dé cuenta a su vez de la especificidad y la dinámica de lo político en general. Enlazando al populismo con la lógica hegemónica en sí misma, aquél viene a designar toda práctica articuladora disruptiva de un determinado orden de posiciones identitarias. El populismo, y la política en general, expresan entonces aquello que respecta a las transformaciones estructurales, en contraposición a las prácticas sedimentadas de lo social que solo reproducirían un orden de cosas establecido.

La cuestión del cambio y la estructura ha sido una problemática central en los autores denominados “estructuralistas”, y fue la puerta de entrada a gran parte de las posteriores teorías llamadas “posestructuralistas”. Dicha problemática radicaba en las dificultades que el marco teórico estructuralista, basado en una concepción de lo social como estructura sincrónica de elementos diferencialmente relacionados, tenía para explicar la transformación de dichas relaciones y la sucesión diacrónica de diferentes estructuras. En otras palabras, si una estructura se define como un sistema dentro del cual el valor de cada elemento está determinado por su posición en relación con los demás, ¿cuál es el elemento estructurante que constituye a la estructura como tal? ¿qué es lo que fija las posiciones de los elementos estructurados? ¿qué es lo que produce cambios en dichas posiciones a lo largo del tiempo?

El estructuralismo clásico procuró encontrar una respuesta para dichas preguntas que no conmoviera los cimientos de su armazón teórica. Para ello fue necesario separar la estructura de la historia, lo estructurado de la estructuración. Tal fue el gesto de Althusser (2004) al diferenciar el “todo social estructurado”, articulado en torno a una instancia dominante (la ideología, la política o la economía), de la “determina-

ción en última instancia por la economía”, que sería el elemento que ejerce las permutaciones entre los papeles de las demás instancias, fijando sus posiciones como dominantes o subordinadas<sup>23</sup>. Al funcionar simultáneamente como elemento estructurado y estructurante, la economía permitía dar cuenta tanto del todo estructurado como de las transformaciones estructurales sin recurrir a elementos exteriores al conjunto de instancias que constituyen toda formación social. A su vez, la noción de “todo social estructurado” conducía a la idea de que la transición entre estructuras sociales diferentes implicaba una re-configuración de la totalidad de las instancias, cuyas posiciones debían ser redefinidas en momento específico<sup>24</sup>.

Ahora bien, como señalase oportunamente Alain Badiou (1970), si una instancia se define por su posición en un todo social estructurado, no puede haber una de ellas que tenga la función invariante de asignar las funciones de las demás y de ella misma a la vez. Ello implicaría una causalidad mecánica que impediría diferenciar entre determinación y dominación (en otras palabras, se retornaría con ello al marxismo economicista). Para que la noción de causalidad estructural, es decir, de una causa que solo se hace presente a través de sus efectos, se sostenga, la misma debe permanecer excluida del todo estructurado. La solución residiría, siguiendo a Badiou, en diferenciar a la economía como instancia estructurada de la práctica económica pensada “en su estructura propia”. Mientras que ésta sería una “especie descentrada”, ausente como tal del todo estructurado, aquélla sería la instancia que representa a dicha práctica en el todo. De ese modo, “la causalidad de la práctica económica es entonces causalidad de una ausencia sobre un todo ya estructurado en el que aquella está representada por una instancia” (Badiou, 1970: 270).

Ciertos elementos y problemas comunes pueden ser hallados en Lévy-Strauss. Respecto de la estructuralidad del pensamiento simbólico, el antropólogo francés sostiene en su célebre “Introducción a la obra de Marcel Mauss” que, puesto que “el hombre dispone desde sus orígenes de la integridad de lo significado” (Lévy-Strauss, 1971: 40), el encuentro con un significado no conocido produce necesariamente una inadecuación entre el orden de la significación y las cosas que desean significar. En otras palabras, la estabilidad de la estructura de la significación requiere la incorpora-

---

<sup>23</sup> Es importante aclarar que, para Althusser, la dominación es un función variable que consiste en asignar jerarquías de eficacia a las diferentes instancias en una determinada formación social, mientras que la determinación corresponde invariablemente a la economía, y consiste en asignar la función de dominación a una u otra instancia. Para una explicación más detallada, ver Manuel Cruz (1977: 107-115).

<sup>24</sup> Este aspecto de la transición entre modos de producción fue más detalladamente desarrollado por Étienne Balibar (2004).

ción dentro suyo de significados que no encuentran una posición precisa dentro en su interior. De ese modo, para garantizar la estructuralidad del sistema sin recurrir a elementos externos a la propia estructura (en un gesto similar al de Althusser), Lévy-Strauss hace referencia a un “significado flotante” que implicaría “un valor simbólico cero, es decir, un signo que señala la necesidad de un contenido simbólico suplementario al que ya tiene la cosa significada, pero que puede ser un valor cualquiera siempre que forme parte de la reserva disponible ...” (Lévy-Strauss, 1971: 40-41). De ese modo, al igual que la economía en Althusser (a pesar de las notorias diferencias), este “significante cero” viene a ser el elemento que garantiza la estructuralidad de la estructura. Al llevar el sentido allí donde no lo hay, aquél permite a la estructura simbólica sostener la representación de la totalidad del universo significado.

Ahora bien, puesto que la estructura de la significación permite significar a la totalidad del universo simbólico, y en tanto que el valor de los significados en dicha estructura está determinado por su posición relacional, la formación de la misma no puede ser entendida en términos de continuidad progresiva. Por el contrario, la génesis del orden simbólico tiene que haberse producido en un único momento en el que la totalidad del universo pasa a ser significada: “cualquiera que haya sido el momento y la circunstancia de su aparición en la escala de la vida animal, el lenguaje ha tenido que aparecer de una sola vez. Las cosas no han podido ponerse a significar progresivamente. Después de una transformación, (...) se efectuó el paso del estado en que nada tenía sentido, a otro en que todo lo tenía” (Lévy-Strauss, 1971: 39). Nuevamente, al igual que Althusser, Lévy-Strauss piensa la génesis estructural en términos de ruptura radical. No existe una continuidad temporal homogénea que permita rastrear los orígenes de la estructura de la significación, puesto que la misma surge como totalidad en un instante que rompe con el pasado.

Fue Derrida quien señalase el problema del planteo de Lévy-Strauss para pensar el cambio, el tiempo y la historia. Si la suplementariedad del significante cero permitía cerrar la estructura, era a la vez necesario marginar del análisis aquello que diera lugar a la discontinuidad:

“(...) en el trabajo de Lévy-Strauss, hay que reconocer que el respeto de la estructuralidad, de la originalidad interna de la estructura, obliga a neutralizar el tiempo y la historia. Por ejemplo, la aparición de una nueva estructura, de un sistema original –y es esa la condición misma de su especificidad estructural- por medio de una ruptura con su pasado, su origen y su causa. Así, no se puede describir la propiedad de la organización estructural a no ser dejando de tener en cuenta, en el mismo momento de esa descripción,

sus condiciones pasadas: omitiendo plantear el problema del paso de una estructura a otra, poniendo entre paréntesis la historia. En este momento 'estructuralista', los conceptos de azar y de discontinuidad son indispensables" (Derrida, 1989: 399)

Lo que los señalamientos de Badiou y Derrida tienen en común es que ambos apuntan a la problemática de la estructuralidad o génesis de la estructura. En Althusser, el problema radica en el estatus paradójico de un elemento estructurado y estructurante a la vez. En Lévy-Strauss, al mismo tiempo que un elemento suplementario permite el cierre de la estructura, la estructuración es relegada al azar y la contingencia bajo la forma de un acontecimiento inexplicable (al menos por parte de las ciencias estructuralistas). En ambos casos, la estructura como sistema sincrónico y su transformación en un plano diacrónico aparecen como elementos difíciles de conciliar dentro del marco conceptual del estructuralismo. De allí que, como señala de Ípola (2007), el problema central tanto del estructuralismo como del posestructuralismo radique en la búsqueda de ese elemento que, sin salirse de la estructura, permita explicar los procesos de estructuración. Problema que remite, de uno u otro modo, a la distinción entre estructurado y estructurante y, a través de ello, a la separación entre sincronía y diacronía.

Es en esta clave la que impregna los trabajos de la mayoría de los teóricos políticos posestructuralistas contemporáneos (nos referimos principalmente a Laclau, Badiou, Rancière y Žižek). En tanto que lo estructurado se entiende como un sistema de posiciones relativamente estabilizadas, la teorización sobre lo político se centra en identificar los elementos y mecanismos que constituyen y re-configuran dicho sistema. De allí que, a través de los conceptos de "significante vacío" y "lógica de las equivalencias", Laclau haya identificado en el populismo la lógica de toda articulación propiamente política. El significante vacío opera justamente como ese elemento que, a la vez que forma parte del sistema de diferencias, funciona como un puro símbolo que permite redefinir las posiciones de los demás elementos a través de lazos equivalenciales. Sin embargo, puesto que toda acción política actúa en un terreno de identidades sedimentadas, esta re-configuración deberá siempre sobrellevar la tensión entre lo nuevo y lo viejo, que trae a su vez aparejado el indecible juego entre equivalencias y diferencias. De ese modo, en tanto que la dimensión de ruptura y la dimensión de lo sedimentado permanecen separadas e, incluso, contrapuestas, volvemos irremediabilmente al punto de partida: ¿es lo estructurante algo radicalmente hetero-

géneo a la estructura o, por el contrario, algo enlazado en alguna medida a su propia dinámica?

A nuestro juicio, no es posible encontrar en la teoría del populismo de Laclau una respuesta unívoca a tal interrogante. Por un lado, la noción de heterogeneidad pretende incorporar al análisis un elemento claramente exterior a lo estructurado. La falla en la estructura estaría en este caso determinada por la irrupción de un elemento radicalmente heterogéneo a la misma. Sin embargo, como señalamos en otra sección de este trabajo, la condición de exterioridad radical de un elemento es problemática al momento de verificar sus efectos disruptivos. Si todo objeto se constituye como objeto de discurso (Laclau y Mouffe, 2004), el único modo de concebir un “afuera” de la discursividad es en términos de su representación al interior del propio discurso. Pero si esto es así, el carácter desestructurante de ese “exterior” se torna ambiguo. En tanto que toda irrupción aparece como una re-inscripción, puesto que ese exterior solo puede hacerse presente como un elemento articulado en una formación discursiva, su efecto disruptivo sobre la estructura dependerá del carácter que aquél adquiera al ser absorbido por una cadena de equivalencias. De ese modo, orden y ruptura no se presentan como términos antinómicos sino como categorías superpuestas; es solo desde un cierto orden que algo puede ser nombrado como ruptura. Esto no es otra cosa que lo que ha sostenido Laclau en un reciente artículo al afirmar:

“no hay acontecimiento que se agote, en lo que concierne a su sentido, en el puro corte con la situación –esto es, no hay acontecimiento que, en el momento de esta ruptura, no se presente a sí mismo como potencial vehículo de un nuevo orden, de la situacionalidad como tal. Esto implica que el sentido del acontecimiento *per se* está suspendido entre su contenido óntico y su rol ontológico o, para decirlo de otro modo, *que no hay nada que pueda concebirse como una pura substracción*” (Laclau, 2004: 10) (cursiva en el original)

Puesto que no existe tal cosa como un momento de desestructuración/reestructuración que pueda aprehenderse por fuera del orden estructural, ni lo político como tal ni el populismo pueden ser reducidos unívocamente a prácticas disruptivas, siempre y cuando entendamos lo disruptivo como aquello radicalmente heterogéneo a una formación socio-política determinada. Por el contrario, si la política aparece allí donde dicha formación muestra su incompletitud y su falta, su fundamento reside en el propio juego de re-posicionamiento de los elementos estructurados. Ello puede derivar, claro está, en quiebres de mayor o menor radicalidad. Pero en tanto que no reconocamos un elemento estructurante último, a la manera de la instancia económica

en Althusser, no existe ningún principio que permita distinguir entre desplazamientos interiores a la estructura y procesos de re-estructuración general.

Si, desde otra perspectiva, entendemos a la estructuralidad como una función que no corresponde intrínsecamente a ninguno de los elementos pertenecientes al sistema, pero que debe ser ejercida por alguno de ellos, se abren dos posibilidades diferentes. Slavoj Žižek (2003) ha postulado una teoría de la conformación del campo simbólico a partir del concepto (tomado de Lacan) de *point de capiton*. Este elemento es para el filósofo esloveno un “significante sin significado” que, en el campo de la significación, cumple una función puramente estructural y performativa al servir como punto de referencia para la totalidad de los significados. Si el campo ideológico está constituido por una multiplicidad de signos (“libertad”, “derechos humanos”, “distribución del ingreso”, etc.), el *point de capiton* es el elemento absolutamente tautológico que, sin significar nada por sí mismo, detiene la flotación de la totalidad de los sentidos y permite una cierta fijación de las identidades políticas. De ese modo, en una cierta formación ideológica, un significante como “democracia” puede determinar el sentido de una multiplicidad de elementos (socialismo, ecologismo, feminismo) que, a través de su asociación metafórica, se articulan en torno a una cierta estructuración simbólica de la realidad (es decir, socialismo, ecologismo y feminismo pasan ser momentos de un mismo ideal democrático).

Sin embargo, señala Žižek, no hay nada en la propia realidad que determine cuál será el significante que ejercerá esa función de totalización. Por el contrario, a través de lo que el autor denomina el “efecto retroactivo de la nominación”, es el propio significante el que constituye y sirve como soporte a la identidad del objeto. En otras palabras, es el acto de nominación el que constituye lo significado. Y puesto que dicha operación es absolutamente tautológica y auto-referencial, es también radicalmente contingente, no sujeta a ninguna norma de racionalidad o previsibilidad emanada del propio campo simbólico.

No es difícil percibir los puntos de contacto entre el *point de capiton* de Žižek y el significante vacío de Laclau. En ambos casos, se trata del elemento que estructura performativamente al campo simbólico a través del establecimiento de lazos metafóricos entre los elementos. Sin embargo, mientras que para Laclau el significante vacío se constituye a partir de un elemento particular, cuya posición diferencial nunca consigue ser del todo erradicada, el *point de capiton* de Žižek carece de cualquier resabio de particularidad. Las consecuencias teóricas de esta diferencia no son menores.

Mientras que en el primer caso la función de estructuración del orden simbólico es ejercida por un elemento estructurado, lo que implica que el quiebre entre estructura y estructuración no es absoluto, en el segundo caso la estructuralidad está determinada por un elemento carente de cualquier tipo de posición diferencial en la estructura, lo que permite pensar la dicotomía entre estructura y estructuración en términos mucho más tajantes. Esta misma postura ha sido sostenido más recientemente por Žižek a través del concepto de “institución cero” de Lévy-Strauss: es un determinado elemento incuestionado (la diferencia sexual, la identidad nacional) el que sostiene un orden socio-político mediante la distinción de lo que es político (o, más precisamente, politizable) de lo que no lo es (ver Žižek, 2000). Es justamente en el corrimiento de la frontera marcada por la institución cero donde una política verdaderamente radical entraría en escena.

El problema que presenta el planteo de Žižek es el mismo que señalábamos anteriormente. Puesto que la acción política surge siempre de un orden de posiciones identitarias históricamente condicionadas, la idea de un elemento estructurante radicalmente heterogéneo a las determinaciones estructurales parecería ser un imposible. De allí que Laclau haya utilizado para su teoría del populismo el término “significante tendencialmente vacío” (en lugar de “significante vacío” a secas), dando cuenta a través de ello de la tensión irresoluble entre lo particular y lo universal, así como entre lo estructurado y el cambio estructural. Sin embargo, como hemos intentado demostrar, el modelo recurre a algunos elementos problemáticos para solucionar dicha cuestión. En primer lugar, la noción de heterogeneidad como un exterior que subvierte las posiciones identitarias. Luego, el concepto de significante vacío como el elemento que estructura el campo político fijando una frontera entre grupos antagónicos. Si bien estas categorías son sumamente productivas al momento de pensar la naturaleza de la práctica política en general, los elementos históricos que hemos recuperado respecto del fenómeno peronista revelan que, en algunos casos, la complejidad de los procesos socio-políticos dificulta la posibilidad de separar la continuidad de la discontinuidad, la estructura del quiebre.

## **Conclusión**

Si entendemos a lo político como la acción específicamente instituyente, cuyo origen no reside en determinaciones sociales pretéritas sino que es, por el contrario, a

la vez disruptiva y constitutiva de lo social, construir su concepto a partir de procesos de conmoción y ruptura del orden establecido aparece como una estrategia teórica fructífera. De allí que el populismo, por su carácter eminentemente disruptivo del orden vigente, sea un fenómeno sumamente rico para la elaboración de elementos conceptuales. Sin embargo, al tratarse de una categoría fuertemente ligada a determinados procesos históricos, la formulación de modelos generales de análisis a partir de los “populismos realmente existentes” (como los denominaran de Ípola y Portantiero) conlleva el problema de tener que abandonar ciertos elementos centrales de aquéllos y simplificar otros. Al utilizar el término “populismo” para denominar a ciertos elementos constitutivos de la práctica política en general, Laclau debe extrapolar y acentuar en el fenómeno peronista sus características más rupturistas, dejando en gran medida de lado los elementos propios del peronismo como régimen político. De ese modo, si bien se obtienen interesantes herramientas para la comprensión de los fenómenos políticos, el término “populismo” queda atrapado en una cierta indeterminación entre el análisis teórico y el fenómeno histórico.

Como hemos visto, esta problemática responde a necesidades teóricas muy concretas. Al pensar a la política como momento fuerte, es decir, como el punto límite entre la estructura y la estructuración, Laclau debe centrarse en los aspectos del populismo que más parecen dar cuenta de esa dinámica. Sin embargo, como hemos intentado demostrar, aún estos elementos aparecen, en el caso del peronismo, ligados a la compleja imbricación entre el orden y el cambio, entre lo estructural y lo estructurante. La noción de heterogeneidad entendida como irrupción radical que, siguiendo a Barros, ligaría al populismo a un acontecimiento, encuentra limitaciones al ser contrastada con la totalidad del proceso histórico. Es por eso que, desde nuestro punto de vista, es posible realizar una utilización más matizada de dicha noción, que dé cuenta de la imposibilidad de separar tajantemente el orden de la ruptura.

Otro tanto ocurre con la noción de significante vacío y la consecuente generación de nuevos lazos identitarios. Si bien es cierto que, en un contexto de proliferación de las demandas insatisfechas, están dadas las condiciones para que las mismas sean articuladas como momentos de una misma lucha, también debemos considerar que, en tanto que los términos de las fronteras identitarias no sean en alguna medida definidos, la heterogeneidad interna impedirá la sedimentación de los lazos identitarios en pautas de comportamiento estables. Nuevamente, lo nuevo solo puede surgir en su interacción con lo viejo.

Todo esto nos indica que no podemos entender al populismo situándonos excluyentemente en uno de los dos polos de la dicotomía orden/cambio, estructura/estructuración. Es justamente la tensión entre ambas dimensiones lo que el populismo pone de manifiesto. De allí que, como lo revela el caso del peronismo, la comprensión global de los fenómenos políticos, aún en el caso de los episodios más radicalmente transformadores, requiera el análisis de la dinámica a través de la cual lo nuevo y lo viejo se fundamentan y se limitan mutuamente.

## Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, Gerardo (2001b): “El ágora turbia: reflexiones sobre populismo y ciudadanía en la Argentina”, en Isidoro Cheresky e Inés Pousadela (comps.), *Políticas e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires, Paidós.
- Aboy Carlés, Gerardo (2006): “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. En *Estudios sociales* Nro. 28. Universidad Nacional del Litoral.
- Althusser, Louis (2004): “Sobre la dialéctica materialista”, en *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Badiou, Alain (1970): “El (re)comienzo del materialismo dialéctico”, en AAVV, *Lectura de Althusser*. Buenos Aires, Galerna.
- Balibar, Étienne (2006): “Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico”, en Louis Althusser y Étienne Balibar, *Para leer El Capital*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Barros, Sebastián (2006): “Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista”. En *Confines* Nro. 2 y 3 (enero-mayo).
- Barthes, Roland (2005): *Mitologías*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Buchrucker, Cristián (1988): “Unidad y diversidad en las corrientes internas del justicialismo”, en José Enrique Miguens y Frederick Turner (comps.), *Racionalidad del peronismo*. Buenos Aires, Planeta.
- Buchrucker, Cristián (1999): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Ciria, Alberto (1982): *Política y cultura popular: la Argentina peronista 1946-1955*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Cruz, Manuel (1977): *La crisis del stalinismo: el “caso Althusser”*. Barcelona, Península.
- De Ípola, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires, Folios.
- De Ípola, Emilio (1989): “El peronismo y sus espejos”, en *Investigaciones políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- De Ípola, Emilio (2007): *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- De Ípola, Emilio y Juan Carlos Portantiero (1989): “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”, en Emilio de Ípola, *Investigaciones políticas*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Derrida, Jacques (2003): “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos.
- García Sebastiani, Marcela (2005): *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires, Prometeo.

- Germani, Gino (1977): *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires, Paidós.
- González, Horacio (2006): “El peronismo perpetuo”, en *Ciencias Sociales* Nro. 64 (septiembre). Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Halperín Dongui, Tulio (1987): “Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista”, en *Vuelta sudamericana* Nro. 17 (septiembre). Buenos Aires.
- James, Daniel (2006): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Keanworthy, Eldon (1980): “Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo”, en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente (comps.), *El voto peronista*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Laclau, Ernesto (1978): “Hacia una teoría del populismo”, en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid, Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (1990): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2004): “Ética del compromiso militante”, en *Virtualia* Nro. 11/12 (septiembre/diciembre). Buenos Aires, Escuela de Orientación Lacaniana <<http://www.eol.org.ar/virtualia/012/pdf/laclau.pdf>>.
- Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lévy-Strauss, Claude (1971): “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en Marcel Mauss, *Sociología y antropología*. Madrid, Tecnos.
- Llorente, Ignacio (1980): “La composición social del movimiento peronista hacia 1954”, en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente (comps.), *El voto peronista*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Luna, Félix (2000): *Perón y su tiempo*. Buenos Aires, Sudamericana (tres tomos).
- Luna, Félix (2005): *El 45. Crónica de un año decisivo*. Buenos Aires, Debolsillo.
- Macor, Darío y César Tcach (comps.) (2003): *La invención del peronismo en el interior del país*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- Nun, José (1994): *Averiguación sobre algunos significados del peronismo*. Buenos Aires, Espacio.
- Plotkin, Mariano (1993): *Mañana es San Perón*. Buenos Aires, Ariel.
- Ramos, Jorge A. (1973): *Revolución y contrarrevolución en la Argentina: La era del bonapartismo. 1943-1972*. Buenos Aires, Plus Ultra.
- Rancière, Jacques (2005): *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (2004): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, EUDEBA.

- Smith, Peter (1980): “La base social del peronismo”, en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente (comps.), *El voto peronista*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Torre, Juan Carlos (2006): *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires, Universidad Nacional de 3 de Febrero.
- Verón, Eliseo (1994): “Semiosis de lo ideológico y del poder”. En *Espacios* Nro. 1.
- Zizek, Slavoj (2000): “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!”, en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos de la izquierda*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, Slavoj (2003): *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI.